

linazo», y le dió la llave de un pequeño bufete, incrustado de nácar.

— De lo que se ha perdido la estanquillera—murmuró Manuel.

Los tres amigos dejaron la casa y se dirigieron al cuartel, al toque de diana.

VII

En la casa del señor de Rentería se notó la desaparición de Carolina.

El clérigo dijo:

— Señores, no hay que hacer escándalo; por el contrario, guardaremos una reserva absoluta.

— ¡Pero mi hija!—gritó la Pantoja—Es una infamia que clama al cielo. ¿Y se quedará sin castigo ese miserable?

— Están de triunfo—arguyó el clérigo—; pasará por una calaverada de soldado y hasta le aplaudirán la gracia.

Esta es la situación que guardamos en estos momentos de desorden.

El español había enmudecido, tenía el corazón traspasado de dolor.

Conocía que el paso, no sólo imprudente, sino criminal, era el resultado de las imprudencias de su esposa, y que Carolina se había sentido arrebatada por la humillación y no creía que hubiera nada de premeditación en el lance.

El clérigo insistió:

— ¿De qué valdría pregonar la deshonra de la familia? De divertir a la voracidad pública, de perjudicar el porvenir de Eva; no, silencio profundo, silencio de sepulcro, y veremos lo que dan los acontecimientos.

Conviniere todos en callar.

Al día siguiente el señor de Rentería salía para su hacienda, y se les dijo a todos que se había llevado a su hija Carolina.

CAPITULO VII

SOPLA EL HURACAN

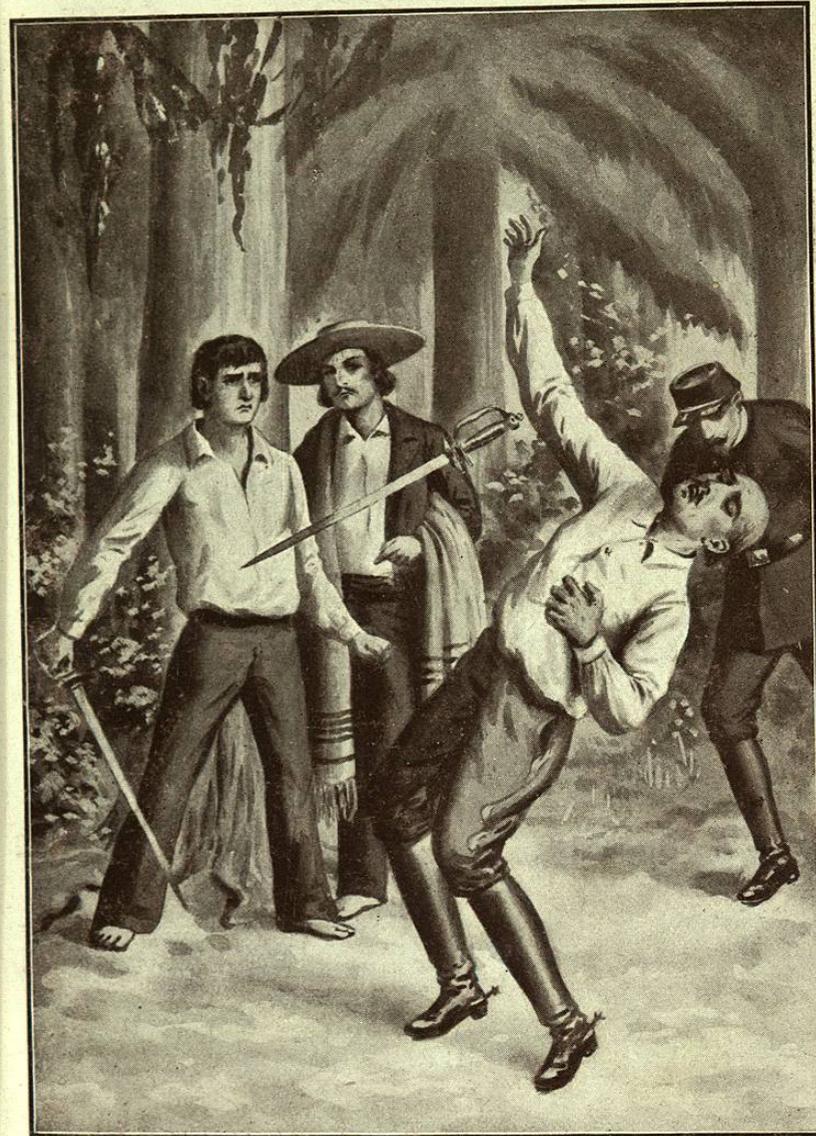
I

La situación se complicaba, ya no eran los gritos en el púlpito, ni en la Prensa, comenzaban los motines armados, invocando todos la religión como el arma que mejor se podía esgrimir en aquellas circunstancias.

Al publicarse la ley Juárez, protestaron todos los obispos y declararon que no era de obedecerse.

El Consejo de Estado también protestó y amenazó con disolverse si la ley no se suspendía.

Ese mismo Consejo declaraba nulo el nombramiento de Comonfort, hecho por don Juan Alvarez, y fué preciso disolverlo y nombrar otro.



El coronel dejó caer la espada, y presa de un desvanecimiento, cayó...

(Pág. 75)

El señor Doblado, que hace en la historia una gran figura, en esos tiempos se pronunció por religión y fueros, aspirando a la presidencia.

El general López Uraga ensayó otro pronunciamiento, pero perseguido por el bravo general Gilardi, capituló y se fugó desesperado de sus derrotas.

En Morelia, centro después de la gran revolución de Reforma, proclamaron una revuelta religiosa, Vallejo y Servín, pero fueron derrotados por los generales Huerta y Pueblita, el gran soldado de la libertad, y tomaron prisioneros a los revoltosos.

Por todas partes estallaban motines capitaneados por los curas y la República era un campo de Agramante.

II

Benito Juárez se mantenía sereno en medio de aquella tormenta, dejó el ministerio y se dirigió a Oaxaca, donde fué nombrado gobernador.

En aquellos momentos llegó la noticia de un pronunciamiento en la ciudad, y Juárez se situó en Tehuacán, mientras concentraba las fuerzas de los Mixtecas, para obrar contra los sublevados.

«Juan Gallinazo» había acompañado al señor Juárez en toda la revolución, y le tenía un profundo afecto.

Juan salió con unos pliegos para Oaxaca y fué testigo y actor de aquellos sucesos.

Se leían en grandes cartelones en las esquinas, proclamas sediciosas, aconsejando al pueblo la revolución para defender el sagrado principio religioso, atacado por el bando liberal.

Los clérigos se agitaban y públicamente había reuniones de conspiradores.

Fué tal el escándalo, que el Ayuntamiento de la ciudad dirigió notas al Gobierno, denunciándole aquel movimiento preparatorio del motín.

El gobernador, general García, asumió una actitud de silencio, asustado por aquella efervescencia casi incontenible.

Juan se dirigió al palacio y presentó los pliegos al gobernador.

El general García se encogió de hombros después de haberlos leído.

— Señor general—le dijo Juan—, la ciudad está ardiendo, y si usted no toma una providencia, nos ahorcan a todos.

— Señor capitán, desconfío de las tropas; no puedo moverme; estaré en mi puesto hasta el último momento.

— Ahí está la guardia nacional; ésa es leal a sus principios.

— Pero es impotente.

— Pero se lucha, señor general.

- Se derramará sangre inútil.
- No es inútil, porque deja el precedente y el testimonio de que se sabe morir por la libertad—dijo Juan con entusiasmo.
- No opino de la misma manera—contestó el gobernador.
- Se le van a comer a usted los sucesos, señor general.
- No sé cómo vengan.
- El negocio es claro, todos los conservadores y los clérigos, emprenden un movimiento retrógrado, más aún que el de Santa Ana, y usted va a precipitarse.
- No sé qué hacer. Estoy desesperado—dijo el general.

III

En aquellos momentos se abrió la puerta, y sin anunciarse, se presentaron arrogantemente tres clérigos, Carlos Parra, Gabriel Castellanos, José García, y el capitán Bonifacio Blanco. «Juan Gallinazo» se retiró a un rincón de la sala.

El gobernador se adelantó, y tomando un aspecto amable, les indicó que tomaran asiento.

Uno de los clérigos dijo:

— Perdone usted, señor general, si entramos tan de improviso, pero traemos un negocio urgentísimo.

— Ya escucho a usted, señor presbítero.

— Pues aquí tenemos un acta de pronunciamiento; la ciudad está ya levantada y aguarda la respuesta de usted para ponerse en actividad.

— Sí—dijo el capitán—; nos hemos pronunciado por religión y fueros, ese principio que ha hecho pedazos la mano de Juárez.

«Juan Gallinazo» rechinó los dientes.

Otro de los clérigos, añadió:

— La religión perece en manos de los herejes, y es necesario salvarla, somos católicos y lucharemos con valor.

— ¡Maldito fraile!—murmuró «Juan Gallinazo».

— ¿Y qué pretenden ustedes, si ya están pronunciados?

— Que usted, señor general, sea reconocido como gobernador y comandante general del Estado.

— Eso no puede ser; yo soy leal a mi Gobierno.

Lea usted el plan: Reconocemos como centro de la reunión mexicana al Gobierno General y acatar sus providencias, siempre que se encaminen al bien y felicidad de la nación.

— Es necesario—dijo un presbítero—que esto se entienda bien: siempre que el Gobierno General declare en todo su vigor y fuerza el fuero eclesiástico y el militar, sosteniendo la religión católica, apostólica, romana, sin permitir la tolerancia de otra alguna.

«Juan Gallinazo» estaba furioso.

— Yo—decía—colgaba de los balcones a estos cuatro pícaros y me reía de la fortuna.

El general García propuso algunas modificaciones y firmó el plan revolucionario.

Al ver aquella debilidad del gobernador, «Juan Gallinazo» se marchó de puntillas y corrió al convento de Santo Domingo donde estaba reunida la guardia nacional.

IV

La noche estaba silenciosa; allá en el fondo oscuro del cielo brillaban las estrellas.

Corría un viento helado, que sacudía las ramas secas de los árboles.

La ciudad estaba callada.

El templo de Santo Domingo se alzaba como un castillo feudal, recortándose sus torres en el fondo pavoroso de la noche.

Dentro de aquella fortaleza dormían unos soldados, teniendo sus armas en pabellón.

Resonaban en las bóvedas los pasos tranquilos de los centinelas, y el «alerta» se dejaba oír de cuando en cuando, perdiéndose entre la sombra y el silencio.

— ¿Quién vive?—preguntó el centinela, al ver acercarse un hombre a la puerta del cuartel.

— ¡Libertad!—gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Alto!—gritó el centinela.

Se desprendió del cuartel un oficial seguido de dos soldados y se acercó a Juan.

— ¿Quién es usted, y qué quiere?—preguntó el oficial.

— Soy oficial del ejército suriano y me ha enviado el señor Juárez; deseo hablar con el jefe de la guardia nacional; aquí están mis armas—y presentó su revólver.

— Adelante—dijo el oficial, y subiendo aquellas pesadas escaleras y atravesando los claustros, llamó a la puerta de una celda.

— Adentro—dijo una voz algo chillona.

El oficial y Juan entraron en la celda.

— El señor—dijo el oficial—viene del campo del señor Juárez, y desea hablar con usted.

— Siéntese usted, compañero.

Juan estaba ante el teniente coronel Ignacio Mejía; hoy general de división retirado, después de haber desempeñado un papel de alta importancia, como ministro del señor Juárez.

El teniente coronel era un hombre bajo de cuerpo, pies y manos pequeños, cabeza grande, casi siempre inclinada a la derecha, su cabello largo y rizado, ojos claros, la nariz gruesa y algo remangada, bigote espeso y desordenado.

Tenía, y aun conserva, la costumbre de castañetear la lengua.

— ¿Qué se le ofrece, señor compañero?

— Mi jefe—dijo con respeto «Juan Gallinazo»—, usted no sabe lo que está pasando.

—Sí—dijo el teniente coronel—: que los revoltosos nos conspiran; pero estamos bien, no hay cuidado.

—Sí, lo hay, mi jefe.

—Usted acaba de llegar y no sabe de la misa la media.

—La sé toda, mi jefe; voy a contarle lo que acabo de presenciar en la casa del gobernador.

—¡Hombre, hombre! ¿Y qué ha visto usted?

—Que el gobernador acaba de aceptar y firmar una acta de pronunciamiento, y que las tropas se han puesto bajo los estandartes de la religión.

—¡Tz! ¡Tz! ¡Tz! Está malo. ¿Pero usted lo ha visto?

—Sí, mi jefe, y me salí sin despedida, yo soy liberal de corazón.

—Sígame usted.

«Juan Gallinazo» bajó la escalera en pos del teniente coronel.

—Señor capitán de guardia, despierte usted a todos los oficiales y coloque unos centinelas en las torres; tenemos novedad.

A los cinco minutos estaba reunida la oficialidad.

—Señores—dijo con calma Mejía—, las tropas del Supremo Gobierno están pronunciadas, necesito saber si cuento con ustedes para resistir.

—Con todos, y hasta el último momento—gritaron los oficiales.

—Entonces estamos listos.

—¡A morir!—volvieron a gritar los oficiales.

—Mi jefe—dijo «Juan Gallinazo»—, soy capitán y estaré con la guardia nacional en esta jornada.

—Acepto; será usted mi ayudante y lo daré a reconocer por la orden.

Todos los soldados estaban en pie y con sus armas.

Oaxaca es sangre de libertad.

Pasóse la noche con la mayor inquietud.

Al día siguiente, que ya las tropas se habían declarado pronunciadas, rompieron el fuego sobre la guardia nacional y comenzaron los estragos de la guerra.

La guardia nacional se batía arrogantemente; pero ya les iban faltando los pertrechos y la situación se hacía sumamente comprometida.

El general García estaba arrepentido; tocó varias veces parlamento, y el fuego seguía y seguía sin interrupción hasta las diez de la noche de ese día, en que volvió a oírse el toque, y el teniente coronel Ignacio Mejía celebró un convenio, siempre protestando sumisión al Gobierno General, comprometiéndose a disolver la guardia nacional, entregando armamento, vestuario, etc., etc., y todo lo que tenía a su cargo.

Juan, que era su ayudante, corrió a Santo Domingo, gritando:

—¡Nos ha vendido el jefe; es necesario pelear antes de entregarnos como borregos!

Hubo una indignación general, declararon separado a Mejía, y ya sin jefe, siguió la lucha, y los relances atrevidos del combate y los empujes atrevidos y los encuentros desesperados.

Juan, en medio de aquel torbellino, se portaba como un héroe.

Pero aquellos hombres eran un puñado contra las tropas y al fin se batieron en retirada y se dispersaron sin entregarse al enemigo, que quedó posesionado y dueño de la ciudad.

V

Como el general García tenía miedo al Gobierno General, estaba vacilante.

Entonces los frailes hicieron otro pronunciamiento capitaneado por Villareal, desconociendo a Juárez y a García, y proclamando la religión y fueros.

—Rehabilítense usted, mi general—le decía Juan al gobernador—, ya que tuvo usted un acto de debilidad.

El gobernador se puso al frente de las tropas.

Juan se mezcló con los que iban a combatir.

Los sublevados se amilanaron, y con intervención de un fraile, Margarito Maldonado, entraron en ajustes, entregándose a disposición del general García.

El señor Juárez hizo su entrada en Oaxaca.

Juan recibió el grado de teniente coronel, y marchó a México a incorporarse a su regimiento.

VI

Por aquellos días, un estudiante de Derecho del Seminario de Oaxaca, abandonaba el aula y se inscribía en el registro de la guardia nacional.

Era alto, pecho saliente, moreno, cabello negro, mirada inquieta y nerviosa; se inyectaban sus pupilas de sangre, como las de Mociuzuma II; abría la nariz, como si desde entonces aspirara el viento de las batallas, ese acre torbellino que se condensa con el olor de la pólvora, las nubes de tierra, el sudor de los hombres y de los caballos.

El destino de aquel hombre tiraba los dados, como en la tienda de César, la víspera de Farsalia.

Tenía un nombre oscuro: apenas se llamaba Porfirio Díaz.

VII

La República estaba incendiada en los momentos en que el general Comonfort, después de horribles vacilaciones, tomaba posesión de la Presidencia de la República.